

VENTURA MARÍN

Elementos de la filosofía del espíritu humano

(a cargo de José Santos Herceg)

Noticia

El texto aquí reproducido es el “prólogo” a la tercera edición del libro de Ventura Marín, cuyo título original es *Elementos de la filosofía del espíritu humano. Para el uso de los alumnos del Instituto Nacional de Chile*. La primera edición de este texto es de 1834 (Imprenta de la Independencia, Santiago de Chile, 413 págs). Se trata del segundo libro publicado por V. Marín, aunque es el primero que publica como único autor. En 1830 había escrito, junto con José Miguel Varas, *Elementos de Ideología*. Ambos, según cuenta Marín en el prólogo de la primera edición de *Elementos de la filosofía del Espíritu*, habían iniciado una reforma completa de los estudios de Filosofía en el Instituto Nacional. En este contexto se trabó un fuerte vínculo entre los dos filósofos. Es a raíz de esta relación que en el libro cuyo prólogo presentamos aquí figura una Dedicatoria en la que se señala lo siguiente: “A la memoria de mi buen amigo Don José Miguel Varas profesor que fue de filosofía en el Instituto Nacional y muerto desgraciadamente en el mes de Julio de 1833 en el Naufragio del Intrépido”. Ya en la edición de 1834 Marín había insertado, en un nota del prólogo, un reconocimiento a la obra y méritos del entonces recién muerto amigo.

Elementos de la filosofía del Espíritu fue escrito en directa y expresa relación con aquel libro del año 1830 antes aludido. En la primera edición Marín mismo hace referencia a dicho texto haciendo incluso un breve resumen de sus ideas principales, para terminar señalando respecto de él que “(...) en el desarrollo y exposición de estas verdades no podíamos salir de un círculo muy reducido, y la verdad sea dicha con franqueza, nuestras indagaciones no habían pasado hasta entonces de una ligera incursión”. El nuevo libro promete, por lo tanto, superar estas deficiencias con la inclusión, como él mismo indica, de la influencia de la escuela escocesa, con su alejamiento

del sensualismo y el acercamiento a Kant a través de la influencia de Cousin. “Estas nuevas adquisiciones dieron a mi reflexión otra actividad y robustez”, señala Marín.

El texto original, como el subtítulo lo indica, fue pensado y redactado para uso interno de los alumnos del Instituto Nacional, lo que habría llevado, según confiesa Marín, a que fuera escrito con cierta soltura y descuido. De allí que señale, como se verá, que en esta edición de 1872 haya “sometido el antiguo texto a una rigurosa revisión”. Revisión que, como explica, se tradujo en ciertas adiciones, esclarecimiento de pasajes oscuros y purga de defectos producto de la precipitación. El fondo, sin embargo, no es alterado, pues, como señala, en ese sentido no ha cambiado su opinión sustancialmente.

En los 38 años que van desde la primera aparición del texto hasta la tercera hay dos acontecimientos relevantes que es necesario reseñar. En primer lugar, la aparición, en 1842, de una segunda edición del libro. Aunque no ha sido posible encontrar el texto de esta edición (no figura en el catálogo de la Biblioteca Nacional), sin embargo, hay noticias de su existencia por Lastarria. El segundo acontecimiento es la “enfermedad” a la que alude Marín en el prólogo aquí editado, que según su propia confesión, lo ha aquejado por veinte años. Según informa Luis Oyarzún, lo que habría sucedido es que “perdió la razón”, hecho que se relacionaría con el infortunio de su amigo Varas. Cecilia Sánchez, sin embargo, aludiendo a lo que se sostiene en el diccionario de Virgilio Figueroa, explica que dicha locura, desencadenada en 1838, habría tenido que ver con una “decepción amorosa”, la que lo habría llevado a recluirse en la Recoleta Franciscana hasta su muerte. Cualquiera sea la causa, el hecho es que el texto que se presenta a continuación es el prólogo de la revisión que hiciera Marín de su escrito del 34, luego de haberse recuperado, según el mismo señala, de su “enfermedad”.

VENTURA MARÍN

Elementos de la filosofía del espíritu humano

PRÓLOGO

[4-5]

[A LA TERCERA EDICION DE 1872]

A fines del año treinta y cuatro dí a luz unas lecciones de filosofía para el uso de los alumnos del Instituto Nacional, en desempeño de la obligación que había contraído de mejorar este ramo de estudios, poniéndolo al nivel de los conocimientos actuales, y según el método y división adoptados últimamente en los colegios y universidades de ultra mar. La obra fue el trabajo de poco más de dos años en que se la redactó e imprimió; tiempo bastante corto para haberla dejado con la exactitud y pulimento que de suyo requería. Resultó, pues, y como muy luego tuve ocasión de advertirlo, una composición íntegra en sus diversas partes, y llenando el plan concebido, pero con multitud de yerros tipográficos y de locución, y con algunas ideas no bien desenvueltas ni muy acordes con las principales, en términos de formar un todo homogéneo, compacto y claro. Verdad es que presumiendo no hubiese de salir de los muros de Santiago, o mejor diré del Instituto, y que ni aun dentro de éstos hubiese lectores que quisiesen examinarla, dejé correr la pluma con sobrada libertad, y tuve la osadía de estampar algunos lunares, que me obligasen a reproducirla después con otra corrección y acierto. Yerro fue sin duda y muy grande, porque hubo lectores, y faltó el tiempo y ocasión de revisarla, pues muy luego enfermé hasta quedar inhabilitado para cualquier trabajo serio, y la enfermedad me duró veinte años. Ya había olvidado la obra publicada y el anterior proyecto; y si alguien me hablaba de ella, tenia particular empeño en indicarle que no había motivo para traerla

a cuento, ni aun hacerle el honor de una justa y saludable censura, y concluía asegurando, que si lograba restablecer mi salud, emplearía mis fuerzas en la redacción de otras lecciones bajo un plan diverso, y con tales mejoras que el público quedase satisfecho. Sea buena fortuna de la obrilla o interés particular de algunas personas en mis cosas, el hecho es que se me ha obligado no a la redacción de un nuevo trabajo, sino a la corrección del antiguo, porque fuera de los defectos indicados se notaban locuciones inexactas y con resabios aunque ligeros de panteísmo. Resolví acceder a tan prudente consejo, y con este motivo he sometido el antiguo texto a una rigurosa revisión, purgándole de cuanto puede ofender al buen sentido y justo celo del lector católico. La reforma se ha reducido a algunas adiciones en los lugares correspondientes, al esclarecimiento de pasajes oscuros y a la limpia de los defectos en que se incurrió entonces por precipitación. Como el fondo de la doctrina es el mismo, y en los estudios hecho después no he tenido motivos para variar de opinión, reproduciré con corta diferencia el [5-6] sumario que de ella se hizo en el prólogo con que salió a luz, y es el siguiente:

El objeto principal de la filosofía es el conocimiento general del hombre. Este se halla dotado de dos facultades, inteligencia y voluntad, y por ellas se pone en relación consigo mismo, y con la naturaleza. Como inteligente puede acercarse a la creación y sacar de ella una copia fiel, puede contemplar en el fondo de la conciencia esta imagen de lo que existe, observar en ella cada una de sus partes, y estudiar sus diversas relaciones, puede en fin elevándose a un punto superior mirarse a sí mismo en este laboratorio misterioso y sagrado, y observar el mecanismo de sus propias operaciones. En cuanto dotado de voluntad puede obrar sobre los seres que ya conoce y convertirlos en objetos de utilidad, puede igualmente dirigir su inteligencia donde y como quiera, puede, en suma, contemplarse como una potencia y llamarse dueño de sí mismo. La condición indispensable del ejercicio de estas facultades, el conductor que le da este movimiento y le pone en una esfera tan animada de acción, es el sentimiento. Sin él, la inteligencia y la voluntad no tendrían campo en que desplegarse, carecerían de teatro y de objeto. Inteligencia, voluntad y sentimiento o con más propiedad sentimiento, inteligencia y voluntad, he aquí en resumen lo que es el hombre. El sentimiento precede a la inteligencia, y el sentimiento y la inteligencia preceden a la voluntad. Esta a su turno gobierna a la inteligencia, y hasta cierto punto desarrolla o produce el sentimiento. De este mecanismo resulta la primera división de la teoría del hombre en dos partes principales: teoría de la inteligencia y teoría de la voluntad. ¿Pero qué cosa es la inteligencia? ¿Acaso un mero

sentimiento? De ningún modo: el primer fenómeno supone al segundo, pues la inteligencia no puede obrar sin objeto, y éste no puede ser otro que el sentimiento, más claro: la inteligencia es una acción o no es nada, y toda acción no es una cosa elemental y simple, sino que supone un sujeto y un objeto o término al que se refiera. ¿Es acaso la voluntad? Tampoco: ésta se dirige a un objeto determinado o conocido, y supone el desarrollo anterior de la inteligencia. –No es sentimiento, no es voluntad, pero la voluntad debe ir precedida de un conocimiento y al sentimiento acompaña el conocimiento, pues de lo contrario no sabría más que existiría, o en rigor no existiría, luego la inteligencia no puede ser otra cosa que la facultad de formar conocimientos. Esta definición de nada sirve si no sabemos qué son conocimientos. Yo conozco los objetos animados e inanimados, me conozco también a mí mismo, es decir, todos estos objetos se han transportado de algún modo a mi alma; en ella los veo, los poseo, los conozco. Estos objetos transportados no son seres reales porque no tienen permanencia, se producen y reproducen en un momento; tampoco dejan de ser algo, pues obran sobre mi alma y son un principio de las determinaciones de mi voluntad, serán cosas que están en mi alma y que la afectan u otras tantas modificaciones suyas. Por otra parte, estos objetos no son fenómenos que se producen arbitrariamente por el alma, ni cosas que ésta recibe ya elaboradas, pues el sentimiento nos enseña que el alma se apodera de ellos, que se une e identifica con ellos aplicándoles el unum característico de sí misma, y que realizados de este modo se convierten en otras tantas entidades coexistentes con el alma, que ésta puede analizar o estudiar, y ya desvanecer o ahuyentar, o también evocar cómo y cuando quiera. Luego los [6-7] conocimientos serán modificaciones del ser pensante, elaboradas por él mismo. Sin embargo, los conocimientos no son meras modificaciones elaboradas, porque el alma conoce además las diferencias de estas mismas modificaciones y el orden y modos de su producción, en una palabra, lo que se llama sus relaciones. Este conocimiento, lejos de ser posterior al de las modificaciones, es contemporáneo e inseparable, pues siendo condición del último la elaboración y no existiendo esta elaboración si el alma no la siente y la conoce, al mismo tiempo que se efectúa el conocimiento de las modificaciones, debe verificarse el de las relaciones. Por ejemplo, en el conocimiento que tengo de una piedra u otro objeto cualquiera, al mismo tiempo que conozco la dureza, el color, la gravedad, y demás propiedades en un solo ser llamado piedra, conozco también que las ideas de estas cosas son diferentes, y que todas están realmente unidas. Así, las modificaciones distinguidas y los conjuntos de estas modificaciones, como sus relaciones reales de diferencia y verdadera unión, y las de su origen

o producción constituyen los conocimientos, y el análisis de todo este mecanismo, el de la facultad de pensar. El desarrollo completo de estos resultados ocupa las dos primeras secciones: una trata del conocimiento de las modificaciones distinguidas, y de los conjuntos de estas mismas modificaciones o lo que llamamos ideas, y la otra del conocimiento de sus relaciones o de la verdad.

Las ideas y las verdades no pueden contemplarse bien en su forma puramente intelectual; son demasiado débiles para que puedan sostenerse largo tiempo; por otra parte, la actividad prodigiosa del alma junto con la multitud de impresiones que están despertando su atención, y convidándola a seguir una senda diversa, arrojan del teatro de la conciencia a las ideas que lo ocupaban, y le sustituyen otras tal vez más variadas y nuevas, o de mayor claridad y energía. Si ella quiere continuar la vida a alguna especie o pensamiento particular, debe valerse de algún medio adecuado, y esto no puede ser otro que una cosa invariable o que pueda mantenerse todo el tiempo que se quiera, y con la que se enlace la idea que iba a desaparecer, es decir, lo que los gramáticos llaman signo. De esta verdad, confirmada por una experiencia diaria, resulta esta otra, que el alma no posee sus ideas sino por medio de los signos, y que en el sistema de los que haya inventado o adquirido debe hallarse diseñada su marcha intelectual. De lo que igualmente resulta que la teoría de los conocimientos es inseparable de la de los signos, y que el estudio del mecanismo y formación del lenguaje entra en la teoría de la facultad de pensar. La persuasión en que nos hallamos de la verdad de este aserto y de su especial y aun notaría importancia, nos ha hecho destinarle toda la sección tercera. En ella, después de demostrar con extensión los principios que acabamos de exponer, pasamos a considerar el lenguaje como el depósito de las ideas y las verdades, estudiamos el valor de cada una de las partes de la proposición, el de las mismas proposiciones, de los períodos y del discurso, y concluimos estableciendo nuestra opinión sobre el modo y tiempo en que debieron formarse estos sigilos. Esta última parte termina con nuestras observaciones sobre la naturaleza y mecanismo de la inteligencia.

La cuarta está destinada a considerar al hombre en cuanto ser moral. El entendimiento es distinto de la voluntad, y tiene una buena parte en sus determinaciones, ya indicándole el objeto adonde pueda referir su [7-8] acción, ya despertando ciertas modificaciones que obran en la misma alma y le hacen tomar una senda determinada. El alma empero es señora de sí misma y enteramente libre. Puede por medio del entendimiento y de la actividad que la caracteriza, corroborar este o el otro estímulo, y obrar con absoluta independencia. Las acciones emanadas de estos actos no producen los mismos resultados: unas van acompañadas de aquella satisfacción que se llama placer o

felicidad y otras, por el contrario, de emociones más o menos desagradables. Como el alma está formada para procurarse aquellos goces, es una consecuencia necesaria que deba distinguir los medios de obtener su posesión de los que la privan de ellos, condenándola a devorarse a sí misma por el remordimiento. De aquí resulta la necesidad del análisis de la voluntad, es decir, la valuación de su poder y el examen de los resultados de sus acciones. La primera parte comprende la teoría de los apetitos y de los sentimientos morales; la segunda abraza la tabla de todas nuestras obligaciones. Sin embargo, como el conocimiento especulativo de estas serviría de poco para lograr la felicidad, sino le acompaña el conocimiento del modo práctico de conseguirlo, remataremos esta parte con una receta compuesta de los mejores preceptos dados por los más profundos moralistas. El término que señalamos a la práctica de estos preceptos, es el equilibrio de todas las fuerzas morales logrado por el predominio de cuatro afectos principales: el amor de sí mismo, la benevolencia, el respeto a las verdades de la moral y el amor de Dios.

La quinta está destinada a desenvolver las ideas de lo bello y de lo sublime, los diversos principios de estas emociones y su inmediata relación con los sentimientos morales. Es una sección particular de las cuatro partes anteriores, y una introducción a la sexta en la que exponemos la íntima relación de todas, o la confraternidad de las ideas de lo verdadero, lo bueno y lo bello. Esta última parte nos da el conocimiento más cabal del hombre. En ella demostramos que el ejercicio recto de las facultades intelectuales va siempre acompañado de la misma rectitud en las facultades morales, y el de todas éstas del ejercicio reglado de las estéticas o del particular de las intelectuales aplicadas a las emociones de lo bello y lo sublime; que esta misma confraternidad se halla en sus productos, es decir, que son igualmente inseparables la verdad, la virtud y la belleza. Demostramos más, que en el elemento verdadero entran lo bueno y lo bello; en lo bueno lo verdadero y lo bello, y en éste lo verdadero y lo bueno. Que de esta identidad en el fondo y de sus diferencias características y peculiares podemos concluir de lo bueno y bello a lo verdadero, o que todo lo realmente bueno y bello es verdadero; que la posesión de lo verdadero y bello dará la de lo bueno, y la posesión de lo verdadero y bueno la de lo bello. Que la posesión de estos tres elementos constituye la felicidad y perfección del hombre; y concluimos exponiendo que no llegando ahora estos elementos a su perfección inspirándose por otra parte a ella, el destino del hombre no se circunscribe a los límites de su vida pasajera, sino que está demarcado por el dedo de la providencia en la región de la inmortalidad.

Este es el término del curso que hemos seguido constantemente desde la cuestión ¿qué cosa es pensar? Si los hechos de que se parte no están bien observados ni clasificados, si las deducciones son precipitadas, o si la cadena de las ideas se halla interrumpida, lo dirá mejor que yo [8-9] el lector imparcial e inteligente. Sólo puedo asegurar que he seguido en cuanto ha sido posible el método experimental; que me he empeñado más en agotar la estadística actual de la inteligencia, que en formar hipótesis sobre su origen primitivo, y que cuando se ha tocado este punto me he apoyado en hechos claros y evidentes. En fin, no cesaré de advertir que estas lecciones son más bien un ensayo que un tratado formal, que no las publico como la profesión de mi fe filosófica, sino como una mera opinión, y que de todos los asertos que contiene, sólo miro como verdades incontestables los de la espiritualidad, libertad, e inmortalidad del alma, los de la existencia de Dios y sus atributos, y sus inmediatas y rigurosas consecuencias.

Observará el lector que la marcha seguida en la serie de estas lecciones más psicológica que ontológica, y que si ambas son por su naturaleza inseparables, resalta no obstante la primera, echándose de menos la segunda como el fundamento de la Teodicea y Cosmología tan importantes por todos sus aspectos y aun necesarias para rematar el conocimiento general del hombre. –No hay duda, lo objetivo y subjetivo son las dos caras o faces de la verdad, faces que corresponden exactamente y que por lo mismo se esclarecen y confirman. Si hemos presentado una imagen de la primera, y en ella aparecen trazados los lineamentos de la segunda, también será preciso animar el diseño de ésta, y notar en él la reproducción de la que necesariamente le acompaña. La razón de este doble examen o curso regresivo es obvia: el entendimiento principia en rigor por el análisis de lo que a primera vista no es más que un *quid* indeterminado sin figura ni forma; pero este análisis abre el camino para la síntesis, la que por una especie de reflexión sirve de punto de apoyo para rehacer y rectificar el mismo análisis; lo que en buenos términos quiere decir: que si los elementos forman el compuesto, y hasta cierto punto lo representan, también el compuesto es un archivo de los elementos, donde aparecen con toda claridad y distinción, ocupando su debido lugar, y manifestando sus relaciones de correspondencia y armonía. Estudiamos así los hechos o fenómenos de los que deducimos los principios que los resumen, clasifican y ordenan; y descendemos de estos últimos para continuar mejor y con otra luz el de los hechos; siendo esta marcha parecida a la del que forma un tejido, quien no introduce la lanzadera sin haber afianzado el primer hilo de la urdiembre, el que por esto mismo queda habilitado para desempeñar su oficio y facilitar la

continuación del trabajo. Sentimos así también el carácter luminoso que distingue a la verdad, a saber, su armonía. Podemos reconocerla observándola inmediatamente en su origen primitivo, o en toda su extensión y en sus remotas y ulteriores consecuencias. Si estas son otros tantos hechos positivos o verdades reconocidas que aparecen enlazadas con la que se examina, no tendremos la menor duda acerca de su realidad, porque el orden constante del universo revela la invariabilidad de la verdad o la simplicidad del *nexus* que la constituye. Infiérese de lo dicho que extrayendo de los hechos y deducciones psicológicas las nociones más elevadas, coordinándolas según la ley de su generación, estudiando su íntima correspondencia y ensanchando el campo de sus aplicaciones, no solamente quedará confirmada y aclarada la marcha psicológica, sino que asimismo quedarán [9-10] patentes la fecundidad de sus principios o la variedad e importancia de sus resultados; y el árbol genealógico de las ideas con toda la realidad, vida y hermosura que le son propias. Quedarán, por último, desvanecidas las dudas del escepticismo, y las vanas pretensiones de un dogmatismo oscuro y arbitrario que tanto han desacreditado a la verdadera ciencia. La extensión y orden de este trabajo se indicarán en el prólogo de la segunda parte. Por ahora sólo advertiremos que si la importancia de estos estudios ha sido grande en otros tiempos, lo es más en el día. De ellos se hace una introducción a las ciencias y artes liberales, pudiendo asegurarse que el carácter de los sistemas que en ellas prevalecen es una emanación de los principios adoptados en la metafísica o la filosofía del espíritu humano. Aún hay más: de ellos se deducen las reglas de la crítica filosófica que se aplica al estudio de la historia y de la religión. Los aciertos marchan aquí a la par con los abusos y las consecuencias más detestables; y el delirio ha llegado hasta el punto de negar los monumentos más auténticos que han respetado los varones eminentes de todos los siglos. Esta sola razón es suficiente para que el buen católico aprecie estos estudios como es debido, y procure iniciarse en ellos con el santo y laudable objeto de mantener su fe. Logrará por lo menos comprimir la osadía de los libres pensadores ya que no es posible imponerle silencio o humillarla.

Santiago de Chile, abril 2 de 1872.

[10-11]